

valores de libertad, progreso y justicia. Sin embargo, a la hora de criticar la construcción intelectual pergeñada por Jünger en su ensayo *El Trabajador*, tengamos presente el momento en que se escribió y el tiempo, y los sucesos, que han ocurrido desde entonces y, así, evitar la «prepotencia de la posteridad».

Parece llegado el momento de avanzar, entre todos, y para la mayor parte de la población, en el camino de la democracia, sin más; reservando ya un lugar de honor en la historia a las alternativas surgidas en el siglo XX -sean segundas o terceras vías- es decir, a la *democracia popular*, de raíz socialista, y a la *democracia orgánica o del trabajo* que pretendiera Ernst Jünger, aunque tengan plena vigencia alguna de sus afirmaciones, y nos veamos perfectamente retratados en ellas: «el nombre mismo, *trabajador*, no puede sugerir sino una actitud que ve en el trabajo su misión propia y, en consecuencia, su libertad».

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)

FRANÇOIS FEJTÖ, *REQUIEM POR UN IMPERIO DIFUNTO*, Madrid, Mondadori España, S.A., 1990 (384 pp.).

El proceso de aceleración histórico que estamos viviendo desde el año 1989 (y en concreto desde la *noche más hermosa* de la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989) está dejando al descubierto las grandes contradicciones de los últimos ochenta años de la historia de Europa. Con la llamada «primavera del Este» -fin del totalitarismo comunista en los países del centro y del este de Europa, que tuvo lugar entre los años 1989 y 1990- se daba por concluida la *guerra fría* (el conflicto latente entre el Este y el Oeste que presagiaba el holocausto nuclear) y se creía poder pasar, definitivamente, la última página de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, el 2 de agosto de 1990, el ejército de Irak, conforme a los postulados mesiánicos de Saddam Hussein, invadía el pequeño país de Kuwait, uno de los más importantes productores de petróleo del mundo, con lo que se volvía a poner sobre el tapete una cuestión casi olvidada: la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias. No se debe desconocer que, en gran medida, el actual conflicto entre el pueblo palestino y el Estado judío de Israel, se remonta, también, al final de la Gran Guerra y al reparto del Oriente Próximo que dispusieron las potencias Aliadas, especialmente, el Reino Unido de Gran Bretaña y Francia, con la aquiescencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Durante toda la guerra del Golfo, tuvimos ocasión de repasar los viejos manuales y de comprender que, también en aquella ocasión, algo había fallado: la paz nos trajo la Segunda Guerra Mundial, ésta la guerra fría, y el fin de esta última nos acercó al conflicto secular del Próximo Oriente; al que, definitivamente, le puede llegar su hora si las conversaciones de paz fructifican, cosa que todos esperamos.

No obstante nuevos -viejos- conflictos se volvían a plantear, esta vez en el

mapa de Europa, en los Balcanes: en la antigua República Federativa Socialista de Yugoslavia, en donde Serbia, la columna vertebral del Estado de los eslovenos del sur y, más tarde, del Estado comunista del mariscal Tito, quería mantener por la fuerza de las armas -y todavía hoy quiere- la entelequia de unidad de un Estado que nació ya artificialmente. La guerra civil de Serbia contra Croacia y Eslovenia, primero, y contra Bosnia-Herzegovina, después (y que aún continúa cuando escribimos estas líneas), y la más que posible partición el próximo otoño de la actual República de Checos y Eslovacos (consumada cuando estas páginas se publiquen), vuelve a poner de actualidad otra de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial: el fin del imperio Auto-Húngaro.

Y es sobre este aspecto tan crucial del que trata e importante libro del historiador francohúngaro, François Fejtő, *Requiem por un Imperio difundo*. Frente a la tesis tradicional de que el Imperio de los Habsburgo *estalló* víctima de sus contradicciones internas (entre las que destacaba el ser una *gran cárcel de los pueblos*) y externas (es decir, su vinculación al II Reich alemán en la Gran Guerra, y la pérdida de la misma), Fejtő afirma, tras una importante investigación, «que, abstracción hecha de las fuerzas de cohesión que mantuvieron unidos a los pueblos y a las naciones durante siglos, y que el azar y las necesidades de la Historia habían llevado antaño a unirse ante las incesantes presiones extranjeras, las tendencias centrífugas, autonomistas, separatistas, no hubieran podido llegar a una disgregación desde el interior, si el desmembramiento de la monarquía no se hubiera decidido en el exterior, ni las fuerzas separatistas (de las que nada prueba que estuvieran unidas ni que representaran a la mayoría de las poblaciones) no hubieran sido sostenidas y alentadas por los 'árbitros' de la Entente».

La fuerza de los hechos, setenta y cuatro años después de los tratados de paz que suprimieron a Austria-Hungría del mapa de Europa, parecen dar la razón a las tesis de Fejtő: a la corta, la política agresiva de Hitler, la Segunda Guerra Mundial, y el *raptó* de la Europa del Este por la Unión Soviética; y a la larga, el actual conflicto armado de los Balcanes con Serbia contra todos y contra todo, y la próxima -hoy ya consumada- ruptura de Checoslovaquia, con lo que los sueños de Masaryk y Benêsh habrán concluido, perdiendo su última y definitiva batalla después de muertos.

Un gran libro, en definitiva, que debiera acompañar en estos momentos a los actuales dirigentes de Europa en sus múltiples viajes y ayudarles a comprender una de las claves de nuestro pasado reciente. Así, al menos, las decisiones que se tomen irán precedidas de la necesaria reflexión, más allá de los lógicos intereses particulares y particularistas. Éstos ya se sabe en que han terminado.

Guillermo A. Pérez Sánchez
(Universidad de Valladolid)

VLADIMIR BOUKOVSKI, *LA UNIÓN SOVIÉTICA, DE LA UTOPIA AL DESASTRE*, Madrid, Arias Montano Editores, 1991 (227 pp.).